

Félix Armando Núñez

## Un discurso

(Regreso de don Enrique Molina)



ON ocasión del regreso de su viaje a Estados Unidos y de la brillante actuación que le cupo en el Congreso Científico celebrado en aquel país, don Enrique Molina recibió diversos y significativos agasajos de parte de la sociedad y círculos intelectuales de Concepción. El Directorio de la Universidad, el Consejo y el personal docente y administrativo le ofrecieron al señor Molina y señora una recepción que le fué ofrecida, por el Secretario General de la Universidad, don Félix Armando Núñez en el bello discurso que damos a continuación:

Señor:

No sabemos definir bien el Espíritu, pero sí que vos sois una de las lámparas de permanente resplandor que él ha encendido sobre esta tierra.

Constante voluntad de creación, indestructible optimismo, agilidad de corazón y pensamiento son como las potencias esenciales de vuestra alma.

Nos ennoblecemos en vuestra cercanía.

En la urgencia del viaje que con vuestra digna esposa acabáis de realizar por Norte América, apenas si tuvimos tiempo de acompañaros a la estación y nos quedamos tristes sintiendo la deuda de este homenaje. Ahora con reconcentrada alegría venimos a pagárosla.

Elegido para ofrecer tan espontánea manifestación sólo querría en estos momentos evocar la atmósfera de idealidad que queda fulgurante tras las palabras encendidas de serenidad y entusiasmo con que vos mismo, no contento con realizarlo luminosamente en esta Universidad, nos habéis hablado del Espíritu y elevándonos hasta sus imponderables jardines colgantes, habéis puesto la mira de nuestras almas en una final evasión de belleza que envuelve la obra como el ensueño a las formas amadas.

Con el velo de oro de vuestras reflexiones «De lo espiritual en la vida humana» queda tocada para siempre nuestra joven Universidad. Nunca ninguna criatura de esa casta se puso en marcha con más puro atavío. De esa substancia ingrávida que no mancilla el fragor de las pasiones, de ese sustrato estelar que hay en todas las aspiraciones a embellecer la vida está tejido aquel velo: nadie podría desgarrarlo sin romper algo de lo íntimo suyo.

Señor,

el mundo requiere cada día más de los mentores del Espíritu. Otra vez están ensangrentados todos los surcos de la tierra. Para bien nuestro la naturaleza ha sido pródiga con vuestra juventud. Y necesitamos que tras los comentarios al horror de los instintos en lucha vuelvan a nosotros—como palomas eucarísticas—la voz conciliadora de la razón soberana, y el latido eterno del corazón.

Bien sabéis que la labor del Espíritu semejante es a la tela de Penélope, y hay que comenzar siempre de nuevo... y esperar, esperar inmortalmente.

Señor,

todos conocemos la parte anónima, pero fina y profunda que corresponden a vuestra esposa en el éxito de vuestra vida. Sin la solidez de los afectos, el brazo del gladiador desfallece, y se extingue la llama del corazón.

Al asociarla a este homenaje, acaso empezamos a cancelar nuestra mayor deuda con vos.